

Cuando por fin pudo abrir un paso en la tierra mojada habían pasado tres días desde su entierro. Tres días de escarbar continuo entre tierra apelmazada , cascotes y restos de madera. Ayudándose de una astilla del ataúd, que pudo romper a patadas, fue haciendo hueco, metiendo los puñados de tierra en las oquedades de la caja , como un preso excavando un túnel, como un topo horadando galerías, como un recién nacido que se abre paso a la vida. Al salir a la superficie, aún seguía lloviendo, como cuando cayó del caballo y lo dieron por muerto. El traje de la boda, algo estrecho, que le pusieron por mortaja estaba convertido en harapos. Por el rostro le corrían reguerillos de sangre y tenía los brazos y las piernas llenos de arañazos, los ojos y los labios hinchados y pegotes de barro y sangre reseca por todo el cuerpo. Se le había caído el pelo.

Tambaleándose casi, se dirigió al pueblo. Apenas si había algunas débiles luces encendidas en las habitaciones altas.

Atravesó la pequeña puerta del bar y se quedó parado en mitad de la sala. Los parroquianos que bebían en silencio le miraban boquiabiertos, inmóviles. Paralizados dentro de sus trajes de pana negros, las barbas recias, las pupilas dilatadas, rugosas las manos apretando los vasos vacíos, como quién para no caer se agarra al viento.

Espantados rostros arrugados flameando a la luz mortecina de los candiles viendo ante sí un muerto redivivo, un vivo muerto, un aparecido de cráneo casi transparente, los harapos, los regueros de sangre, las uñas de los dedos.

Amancio, el dueño, tomó la escopeta de caza y le descerrajó un tiro mientras gritaba:
-¡el fantasma de Genaro ha vuelto!

El cartucho le hizo un boquete en el pecho, por la parte del corazón y el vivo, si lo estaba, volvió a ser muerto.

El tiro revolucionó al pueblo. La plaza se llenó de gente que quería entrar en la taberna. Los chiquillos se colaban entre las piernas de hombres y mujeres.

Llegaron el Alcalde y el cura escoltados por los guardias, abriéndose paso a empellones.

Tocaron a rebato las campanas. A Amancio lo llevaron preso, se desequilibró la Adela, siendo la mujer del muerto. Con grandes lamentaciones se echaba encima del cuerpo, se mesaba los cabellos y se tironeaba de la ropa mientras un guardia joven trataba de calmarla con muy poco éxito.

Cuando el médico, algo abrumado, certificó por segunda vez el óbito, pasaban ya de las tres y la gente empezó a retirarse. Llevaron al Genaro al Depósito porque esta vez habría que hacer una autopsia al morir violentamente. Aunque es bien cierto que el tabernero no estaba nada violento. Aterrado, más bien. Un forense joven dictaminó después: el pelo se le cayó del susto de morirse estando vivo. Las demás heridas se las hizo cavando la tierra con las uñas, con las manos, como pudo. La muerte se la provocó el tiro que le rompió el corazón. Nada de fantasmas. A este hombre se le enterró en vida.

El Alcalde dictó un bando: “Se prohíbe, en lo sucesivo, enterrar a nadie vivo”

Al Amancio le soltaron sin culpa por el miedo que dan los fantasmas y que hasta un juez, gente instruida, comprende. Eso, después que se investigara que no tenía nada en

contra de él. Ya se sabe, en los pueblos, todo son inquinas, odios añejos, heridas de familia mal cerradas.

Enterraron aparte al Genaro, con una reja por encima, para evitar que se escape, con gran disgusto de la Adela, su mujer, que no comprendía. En las baldosas de la taberna, todavía puede verse la silueta del Genaro como marcada en rojo. La gente evita pisarla cuando se acerca al mostrador y en la noche de Todos los Santos, nadie sale de casa porque dicen las viejas chismosas que los chorros de la fuente traen rumores de que el Genaro recorre las calles con una guadaña cortando almas a diestra y siniestra—esto nadie lo ha visto y nadie acierta a adivinar cómo quedan las almas tras de cortarlas con guadaña: ¿se tronchan como tallos de rosa joven, exudando jugos interiores?;¿se diluyen como agua entre los dedos?;se tornan en pedazos crujientes como el trigo en la era? ¿O se hacen viento, suspiros de famélicas adolescentes de cuencas desorbitadas?

En su tumba, las flores recién cortadas se marchitan en minutos, como si alguien se embebiera de su frescor y si te acercas, dicen, poniendo oído en la reja se oye un zumbido de voces extrañas, como exhortos. Los expertos, que han venido a decenas, no se ponen de acuerdo; unos dicen: “corriente de agua subterránea norte-sur”,-lo certifica un zahorí de pelo largo y cano que demuestra como oscila nerviosa su vara de avellano;- dicen otros “el quejido milenario de la tierra”, éstos cultos, de esos que hacen programas de TV y escriben en revistas especializadas; y los terceros aseguran que es la voz del Genaro, y que al traducir del latín lo que quiere decirnos es: “ojalá os parta un rayo”. Nadie sabe explicar porqué al Genaro le dio por expresarse en latín, cuando en su vida pronunció jamás palabra alguna en esa lengua tan antigua, fuera de las letanías de la misa aprendidas cuando niño.

¡Pero aquí cualquier cosa parece posible!